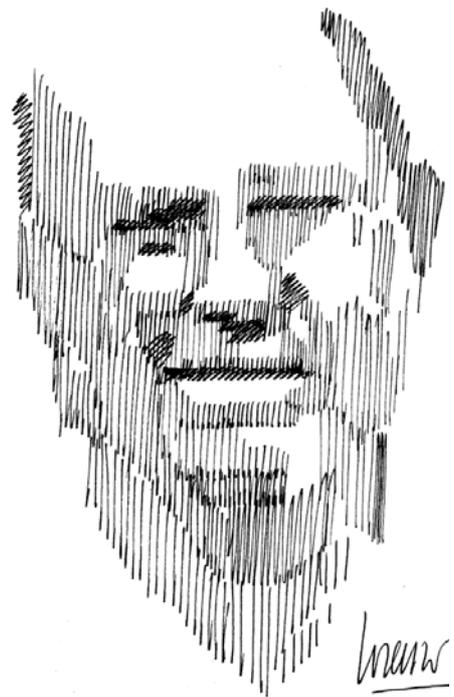


RAFAEL GIL ÁLVAREZ

Director de cine,
vecino de Benicàssim



A finales del anterior verano, apareció junto a la torre de San Vicente, en el extremo sur del paseo marítimo de Bernat Artola, en Benicàssim, un busto con pedestal del director de cine Rafael Gil, colocado frente a la villa donde vivió con su familia.

En la inmediata posguerra dirigió aquellas películas en las que las novelas de Fernández Florez y otros narradores eran el soporte del guión, que él mismo elaboraba. Y fue en 1943 cuando deslumbró con la obra del singular Jardiel Poncela, *Eloísa está debajo de un almendro*, que produjo Cifesa. La fotografía fue de Alfredo Fraile, el maestro Quintero aportó los motivos musicales y el reparto de intérpretes lo encabezaban la joven Amparito Rivelles y el galán Rafael Durán.

Ya en su poder el reconocimiento pú-

blico, fue contratado para rodar una versión de *El Cid* (que al final no se llevó a efecto), y vino a Benicàssim para lo que en el argot se llama *localización de exteriores*. Se enamoró del espacio entre la torre de San Vicente y el Voramar, escenario estos veranos de mis *torres de arena*, se hizo construir una villa y en su terraza era habitual encontrar personas y personajes del mundo del arte y del espectáculo.

Cuando en 1957 me incorporé a la librería Armengot, la familia Gil llegó también a Benicàssim y me percaté de su bondad y sabiduría. Coincidimos en el *Hostal de la Llum* por Magdalena y cuando abrimos el primer *Bohío* con los hoteles Intur y en aquella década de los sesenta perseguíamos un impacto turístico organizando las fiestas del Moscatel, le invitamos para que formara par-

‘Alto, grande y bueno como Gary Cooper’, personaje muy representativo del cine español de mediados del siglo XX, se consideró siempre vecino de Benicàssim y castellonero de adopción. Pasaba aquí con su familia varios meses al año y fue ganador del Trofeo Magdalena 1962, por su película ‘Siega verde’.

te del jurado que había de elegir a la Miss. Aceptó, y aquello fue el comienzo de un sentirse castellonero. Por eso está hoy aquí, en el primer sábado de un nuevo ciclo, día de estreno.

LA VIDA

Nació en Madrid el 22 de mayo de 1913 en el mismísimo Teatro Real del que sus padres, Felipe Gil y Presentación Álvarez eran conserjes, aunque con cierta prestancia social ya que el cabeza de familia era el administrador del teatro, además de licenciado en Filosofía y Letras y profesor de Latín.

Cumplió con creces su servicio militar, que finalizó al acabar la Guerra Civil, aunque con el título de bachillerato en el bolsillo. Gran lector desde niño ya había hecho crítica de cine y literatura en revistas especializadas y en el mis-

mo ABC. En 1935 había iniciado su carrera cinematográfica como realizador de cortos y en su niñez y juventud no salió de las salas de cine o teatro.

–Al llegar a la edad en que se depuran los gustos -decía-, encontré en el cine todos los valores que me habían entusiasmado en la literatura.

Las primeras páginas del libro de la vida, son tal vez las que mejor se recuerdan. Vicente Casanova, de Cifesa, le ofreció a Gil la primera gran oportunidad al encargarle la dirección de la comedia *El hombre que se quiso matar*, que se estrenó el 16 de febrero de 1942. Y entró con ello en una esfera profesional de modestas infraestructuras que observaba de lejos la imponente maquinaria industrial de Hollywood: a Rafael Gil nada de lo que vino de América le pasó inadvertido y pronto se fraguó su admiración por algunos grandes directores de la época, Capra, John Ford, King Vidor, Wyler, al igual que con el tiempo se sentiría atrapado por la magia de *Casablanca*.

La España de la posguerra, a pesar de sus negruras, permitió el brillo cultural de una revista como *La Estafeta Literaria* y los nombres de Ortega y Marías o Ridruejo, Laín, Tovar, todavía con Baroja o Unamuno y Juan Ramón Jiménez, Foxá, D’Ors, Gerardo Diego, los pintores Picasso y Dalí, la llegada arrolladora de Cela, Ferlosio y Carmen La-

foret, Torrente, Gironella, la Matute, Pe-
mán y Benavente en teatro, con Jardiel,
Mihura, López Rubio y el primer Bue-
ro. Y en otro orden Marañón, Menéndez
Pidal, Dámaso Alonso y algunos direc-
tores de cine como Sáez de Heredia, Or-
duña, Román, Edgar Neville o Nieves
Conde y Luis Lucía con quienes Rafael
Gil compartió la hermosa aventura del
cine en un nuevo escenario de la vida de
España.

Gil aprovechó las dotes de aquellos
intérpretes con quienes buscó la sonri-
sa de los espectadores pero a los que
ayudó a triunfar, Antonio Casal, Gari-
sa, Toni Leblanc, Alfonso del Real, Ra-
fael Alonso. Considerado como exce-
lente director de actores, lo fue de Ra-
fael Rivelles, Antonio Vilar, Nieto,
Francisco Rabal, Sancho, Fernando Rey
con el sonoro aldabonazo al serlo tam-
bién de Jorge Negrete, María Félix y
nuestra Sara Montiel, que pasó varios

días en la villa de los Gil, hace cuarenta
años, cuando hasta aquí llegaban tam-
bién García Serrano, Lucía, Escrivá
para preparar los guiones de algunas
películas.

El 15 de diciembre de 1939 contrajo
matrimonio con Vicenta Álvarez Orte-
ga con la que alcanzó una familia nu-
merosa con siete hijos, todos chicos. En
1941 nació Rafael, que falleció a los sie-
te años; después seis más: Vicente, Cé-
sar, Rafael, Gabriel, Miguel y Javier. To-
dos vivieron en la colonia El Viso, en el
chalet de la calle Segre, junto al estadio
de Chamartín, donde Santiago Berna-
béu, su amigo, le concedió el título de
Socio Distinguido por su amor al Real
Madrid, para el que realizó en 1962 un
documental deportivo.

Falleció el 10 de septiembre de 1986.
Nos queda su cine lleno de lirismo, con
cierta ironía inteligente y un toque de far-
sa muy literaria. ❖

LOS ATRACTIVOS DE CASTELLÓN

Durante 40 años Rafael Gil dirigió más de 60 películas, aunque lo destacable en esta página es el hecho de que en todo ese tiempo de grandes sucesos políticos y sociales en España y de éxitos cinematográficos personales vivió en todo momento cualquier acontecer doméstico de Benicàssim y sus playas y participó de la llegada masiva del turismo.

También asumió con lógica naturalidad la implantación de la democracia y se acercaba muy a menudo a Castellón, para ir al cine o al teatro, sentarse en las gradas del estadio Castalia en algún partido del Castellón, visitar el mercado cuando podía y, sobre todo, para comprar libros. Fueron sus grandes apegos.